LA NOVELA CORTA

Tulio Montalbán y Julio Macedo

por

Miguel de Unamuno

10 cts.

Año V
N.º 260

LA NOVELA CORTA

Madrid 11
Dic. 1920

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

LA NOVELA TEATRAL consagrará un número extraordinario a las

TONADILLAS Y TONADILLERAS ESPAÑOLAS

publicando en él los cuplés más populares de

Raquel Meller.-Resurrección Quijano -La Favorita -La Argentinita --Antonia de Cachavera.--Amalia de Isaura.-Bella Emilia. Pastora Imperio.-Lolita Méndez.-La Preciosilla.-Carmen Flores Salud Ruiz.—Emilia Benito .-Chelito —Dora la Cordobesita —Cipri Martín.—Pilar Alonso.—Pilar García.—Casilda Vela.—Amalia Molina —Teresita España.—La Tempranica.—Mercedes Serós.

SUMARIO

La bandera pasa.—El relicario.—Perico.—No me pidas eso.--La española.—Estrella.—A la Habana me voy.--Amor de mujer.—Comedieta de Pierrot.—El arte del cuplé.—Fado internacional.—¡Ahí va la taqui!...—La copla maldita.—Aprende a querer.—Una Mis...-seria.—Por Holanda.—La tobillera.—Pobre chica.- Yo soy mú desgraciá. La campana veneciana.—Desengañada.—Amor que huye. Las tres mujeres amadas.—La tierra la gracia.—Jardín de España.—Una chula «bien».—La chamberilera.—Como quieren las mujeres.—Camino de Cangas.—La figura de Carmen.—Como los ojos.—El lock-out.—Felipe el hermoso.—La maja, el rey y el torero.—Timoteo.—Carrascosa.—La modista madrileña.—Ya no me quieres.—La hora fatal.—Entérate.—Así te quisiera ver.—De verbena.—De rejas afuera.—Flechas perdidas.—La bandolera brava.—El Ojeras.—La rumba del suspiro —Pa un sevillano.—La medium.—Sacristanerías. — Espantaleón.—La chula celosa.—La muñequita del boulevard.—Petit Loló. La historia de Manón.—La cocinera.—Los zapatos de Charito.—El último beso.—La Remigia.—Pilara la de Torrero.—Las mujeres del teatro.—El querer de los hombres.—Rosario «la Petenera».—Sol de Oriente.—La chula del cardenal.—La solterona.—Historia húngara —Besos. -Mi tartanero.—La mesonera.—El alma de Andalucía.—Morir por ti.—Guitarra moruna. — Rosendo.—Etc.

AUTORES

Alvarez Quintero.-García Alvarez.—Avecilla.—Gil Asensio.—Alvarez.—Oliveros y Castellví.—Montosinos —Sustillo.—Raffles. Ruperto Chapí —Pablo Luna.—Antonio Rincón.—Larruga.—Font y de Anta.—Tecglen.—Mariño. Romero.—Barta.—Orejón, etc.

APARECERÁ EL DÍA 15

TREINTA CÉNTIMOS

Tulio Montalbán y Julio Macedo

NOVELA INÉDITA

MIGUEL DE UNAMUNO

I

¡Qué vida aquella, la de don Juan Manuel Solórzano y su hija Elvira, en semejante isla, más bien islote, perdida en aquel rincón del océano! «Para saber todo lo que se dice, sin saberlo, al decir «aislamiento»—decía a menudo don Juan Manuel—, hay que tener que vivir en una isla así, como esta... tener que vivir ¿eh?, «tener que»... Aunque esto más que aislamiento es «¡aislotamiento!» Y si el señor Solórzano ponía tanto acento en el «tener que» era porque lo menguado de su patrimonio le exigía vivir arraigado en él, cuidándolo por sí mismo, que el ojo del amo engorda al caballo y hace productiva a la tierra más ingrata.

Mas de la fatídica necesidad de tener que cuidar de la finca que en aquella isla perdida les sustentaba a él, al señor Solórzano, y a su hija, consolábase don Juan Manuel, dedicándose en sus largos y frecuentes ocios al estudio de la historia. Para lo que con muy sudadas y trabajosas economías, llegó a reunir una regular biblioteca, sobre todo de obras que trataran de la isla solariega o que la mencionaran en algún modo. Proponíase escribir copiosa y menudamente de su isla, y muy en especial de los linajes de la docena, mal contada, de familias patricias, de descendientes de los primitivos colonos y conquistadores que aun en ella quedaban. Entre los cuales linajes estaba, naturalmente, como el primero el de los Solórzanos. Y por ser don Juan Manuel el mayorazgo de esta vieja casa colonial, se creía algo así como el virrey honorario de la isla. Y era su fuerte la genealogía,

Habitaban en la pequeña ciudad, de aspecto colonial, capital de la isla, un viejo caserón que daba a una solitaria calleja; caserón de largos corredores y vastas habitaciones, las más de ellas destartaladas y vacías o llenas de muebles desvencijados y apolillados. En una de ellas había reunido D. Juan Manuel un buen número de cráneos y otros huesos de los primitivos habitantes de la isla, de los indígenas que al arribar a ella encontraron los «conquistadores», como pomposamente los llamaba él que se creía su más genuino y directo descendiente. En otra había instalado su biblioteca y aquí era donde mataba las horas de sus días vacíos, sobre todo cuando en los malos años sus escasas rentas menguaban. Y en la biblioteca también ajaba gran parte de su triste mocedad su hija, que vivía sin amigas, como una flor solitaria en un tiesto a la sombra.

Iba ya ésta entrando en sus veinte años consumida por una esperanza desesperada, por un anhelo imposible. ¡Sobre ella sí que pesaba el aislamiento solariego! Las nubes pasaban sobre la isla sin dejar caer en ella su riego y los buques pasaban a lo largo sin detenerse en el pequeño puerto, que era su capital. Sentada en un rellano de una roca que dominaba al golfo

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son pagadas como INÉDITAS y consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

diminuto en que estaba el puerto, pasábase Elvira Solórzano largas horas de largos días de su vida, aunque breve en años, muy larga en esperas y tristezas, contemplando la inmensa amargura del mar y cómo pasaban a lo largo, como las nubes, los buqnes, llevándose acaso al príncipe de sus ensueños. ¡Consumirse así, en aquella pequeña isla, cuando acaso en las anchas tierras, en los vastos continentes, se consumía de soledad de ensueños aquel a quien Dios le destinó para ser el compañero de su vida! Porque para Elvira lo del medio anillo, lo del alma gemela y en el otro sexo, era una verdad inconcusa. A tanto, que en un vago providencialismo místico solía soñar que un día Dios haría caer en la isla, acaso salvándose de un naufragio en noche de tempestad, al hombre que le estaba desde los tiempos del Paraiso terrenal, predestinado. Por lo cual solía las noches de bravas tormentas y cuando se decía que hubiera buque a la vista corriendo el temporal, sentirse sacudida hasta en las raíces del alma desesperada de esperar.

—¡Ah, mi pobre Elvira—solía decirle su padre—lo que siento tus penas! Porque tú sufres, veo que sufres. Ninguno de estos patanes es para tí; no hay, no, no puede haber en la isla quien se merezca a la flor de los Solórzanos; no puedo llevarte a Europa o a América, nuestra hidalga y nobilísima penuria me lo impide y veo que te ajas aquí...

—No te acongojes de esa manera, papá—respondía Elvira—que lo que haya de ser será. No siento ningunas ansias por casarme, por crear otra familia.

—¡Por continuar la nuestra, Elvira, por continuar la de los Solórzanos! ¡Y aunque fueran de segundo apellido! Murió tu pobre madre al darte a luz y nos dejó solos. ¡Solos y... aislados! No he querido volverme a casar, bien lo sabes. ¡No he querido darte madrastra!

—Acaso si lo hubieras hecho, papá, tendrías un Solórzano varón, que como tal, podría haberse ido a uno u otro continente, a correr mundo y fortuna y a salvar el linaje, perpetuándolo.

—¡Pero fuera de la isla, de nuestra isla, Elvira, fuera de aquí!

—¿Y qué más da? ¿No vinieron de fuera de aquí, de la vieja España, nuestros antepasados? ¿No me has hablado del más antiguo solar de los Solórzanos, allá en la Montaña de la vieja España? ¿Para qué seguir aislados?

—¡Triste necesidad, hija, triste necesidad! Aquí, en este islote que descubrió y conquistó aquel esforzado don Diego de Solórzano, el capitán, aquí los dos, aislados, aislotados más bien; yo consumiendo mi soledad en el estudio amargo de la historia, ya que no puedo hacer papel en ella, y tú... tú...

Al pobre padre le sacudía la voz, haciéndosela temblorosa, el vaho de lágrimas hondas que se le quedaban dentro.

—Yo, padre, fío en Dios y espero lo que él me tenga destinado. Y entretanto...

—Entretanto te consumes esperando... Esto no es vivir...

—¿Pero no ves que hasta en tus libros hallo consuelo a mi soledad?

—Por cierto, hija mía, que observo que te va sorbiendo el seso esa biografía de Tulio Montalbán que escribió el que fué su suegro...

—Tulio Montalbán... Tulio Montalbán...

Y al pronunciar con religioso acento este nombre lejano, Elvira Solórzano miraba a lontananzas de más allá del mar y aun del cielo que lo ceñía.

—¿No vaya a resultar ahora, hija mía, que te has enamorado de ese héroe?

—Y si fuera verdad, ¿qué?

—Que el enamorarse de un héroe de novela o de un personaje histórico ya muerto como ese Montalbán, es una locura.

—¿Locura? ¿Y crees tú que los héroes de la historia mueren?

—¿O es que te figuras, hija mía, que como el Rey Arturo o como don Sebastián de Portugal ese Tulio Montalbán anda por ahí, vagando en otra vida o que va a resucitar?...

—¿Quién sabe?

—¡Tendría gracia que un buen día, una tormenta nos echara a la costa, como Ulises a la isla de los feacios, a Tulio Montalbán redivivo! ¡Tendría que ver!

—Para tí menos que para mí. Pues te he oído sostener que no estás del todo convencido de que Montalbán se hubiese ahogado, en efecto, al pasar el río aquel ni que le hubiesen enterrado...

—En efecto, lo que a ese respecto cuenta su suegro, su biógrafo, no me convence del todo; el hecho no está documentado. Y tú sabes que el documento...

—Bueno, deja eso del documento, que sí, te lo he oído muchas veces. Para mí es indudable que Tulio Montalbán murió al cruzar el río y que fué enterrado.

—¿Y por qué lo crees así?

—¡Por estética! No podía ser de otro modo. Montalbán tenía que morirse y tenía que morirse así. No cabía en este mundo después de muerta su Elvira y libertada su Patria. Sin esa muerte, su historia no tiene sentido...

—Y sin embargo le esperas.

—¿Yo?

—Pues lo parece al menos.

—Si una esperara todo lo que sueña...

—¡Ni serías la primera que se forjara al príncipe imposible, al que ha de venir y... nunca llega!

—¿Parece que te burlas?

—No, no me burlo, hija mía; pero me apena y acongoja verte así...

—Hay un remedio.

—¿Cuál?

—Salir de aquí, desaislarnos, ir al mundo...

—¡Ay, hija, hija, si supieses qué raíces nos atan a este suelo!

—Lo sé. ¡Aprenderé a trabajar!

—¡No, no, jamás consentiré que una Solórzano trabaje!

—Pues ya sabes que la ociosidad...

II

Elvira Solórzano había, en efecto, llegado a prendarse perdidamente de aquel leyendario Tulio Montalbán, cuya corta y gloriosa vida contó su suegro.

La historia de Tulio Montalbán era esta:

Había nacido y habíase criado en una pequeña república americana sometida al rapaz predominio de una fuerte potencia vecina. Vivió vida de campo, al sol y al aire, sin sentirse ciudadano ni patriota. Enamoróse perdidamente de una Elvira, y siendo aun muy mozo, casi un niño, a los diez y ocho, casóse con ella como a esa misma edad se casó con su Teresa Simón

Bolívar, el Libertador. Y como Bolívar, enviudó también Tulio Montalbán un año más tarde, a sus diez y nueve. Bolívar cuentan que decía: «Si no hubiese enviudado mi vida quizás habría sido otra; no sería el general Bolívar ni el Libertador». Y algo así le ocurrió a T. Montalbán. La muerte de su Elvira le sumergió en una desenfrenada desesperación. El padre de ella, su suegro, que fué quien luego de él muerto, escribió el relato de su vida, como en piadosa ofrenda, contaba en ella que temieron que acabase a propia mano violenta con su vida. «Bien es verdad—añadía el biógrafo—que muchas veces le oí hablar a mi pobre hija Elvira del fondo melancólico y aun misantrópico de su marido y de cómo le había oído decir que si aquel temprano amor no le salva, apegándole a la vida, habría acabado, sin saber porqué, suicidándose».

Pero lo que le salvó del suicidio, por desesperación, al viudo de Elvira Jacquetot—tal era su apellido y el del biógrafo de T. Montalbán, por lo tanto —fué el amor de patria. Buscando alimento al fuego que le consumía el corazón, paró mientes en la postración civil de su patria, de la pequeña República en que quiso crear una familia y se lanzó a redimirla, a emanciparla. Levantó bandera contra los opresores de aquella, declaró la guerra a los gobernantes mediatizados, abyectos servidores de la vecina potencia opresora y se propuso hacer a su patria, patria de verdad y no sólo de ficción, de hecho, y no de derecho solamente, independiente. La campaña fué una sucesión de heroicos hechos de armas.

Lo biografía de Tulio Montalbán, escrita por Enrique Jacquetot, el que nabía sido padre de su Elvira, era el relato conmovido y conmovedor de aquella pequeña epopeya republicana. Y el pobre padre puso al escribirla, con todo el amor a su hija malograda en capullo de vida, todo su amor y toda su admiración a su yerno. Quería acompañarle en la historia.

En aquel relato contaba como Tulio Moltabán llevó siempre sobre su pecho, como escapulario, un retrato de su Elvira y la primera y casi la última carta de amor que le escribiera; cómo era el nombre de Elvira el que invocaba al entrar en los combates; cómo parecía que más que libertar a su patria buscaba libertarse de la vida e ir a juntarse con la que fué su compañera en breve y fugitivo trecho de ella. «Quiero libertar la tierra en que mi Elvira descansa—decía, según Enrique Jacquetot, Tulio Montalbán—y cuando sobre ella ondée un pabellón de hombres libres, ya no me quedará si no descansar a mi vez a su lado, mezclados mis huesos con los suyos y hechos en un mismo polvo nuestras carnes.» En lo que el biógrafo sentía un presagio terrible. Presagio que no se llegó a cumplir.

Y no llegó a cumplirse porque cuando ya Tulio Montalbán había logrado echar de su patria a los que la tiranizaban, una noche al cruzar un río se hubo de ahogar en éste. Los soldados que con él iban dijeron que lo enterraron allí cerca, más el caso es que no se volvió a saber de él.

Y ésta era la historia que leía y releía Elvira Solórzano dejándose empapar del opio romántico que en ella puso el padre de Elvira Jacquetot. De quien decía don Juan Manuel que sería acaso un buen poeta, pero que no era ningún historiador de que cupiera fiarse, pues desdeñaba la documentación.

—No hay un documento en toda esa historia, hija mía, ni un solo documento. Ni un parte de combate, ni una carta.

—¿Y esas proclamas, papá, esas proclamas tan vibrantes y tan hermosas de Montalbán?

—¡Eso es literatura!

—Pero son documentos.

—Sí, literarios. Mira tú que aquella proclama en que les habla a sus soldados de su Elvira, en que dice: «la patria de mi Elvira», y que hay que libertar la tierra que guarda las cenizas de aquella llama de amor de hogar.

—¡Hermosísima, papá, hermosísima! ¡Llama de amor de hogar!

—Pero eso no es documento...

—¿Y si la escribió así?

Y Elvira Solórzano se iba a mirar otra vez más a aquel retrato de Tulio Montalbán al lado de su Elvira, que figuraba al frente del libro en que se narraba su historia. Y por cierto no dejaba aquella Elvira de parecerse en aire y rasgos a esta otra que leía su trágico idilio y que se embriagaba con él. Parecido que entraba acaso por no poco en la fascinación que le producía el héroe. Y mirando los retratos se decía la hija de don Juan Manuel, la aislada: «Si yo hubiese encontrado en mi vida un hombre así... ¿Hombre? ¡No, más que hombre! Si esta pobre isla fuese una pequeña Republiquilla oprimida y vejada; si aquí pudiese haber una guerra libertadora, si una tempestad siquiera hubiese echado a estas costas el hombre así, de fuego y de sacrificio, ¡qué llama de amor de hogar habría encontrado en mí! Pero hombres así son de otro mundo, y acaso éste mismo no es sino una ficción de poeta...»

Y el padre:

—Que así no se aprende a vivir, hija mía, que así no se hace sino soñar en vano...

—¿Y qué otra cosa quieres que haga, padre? ¿Quieres que me ponga a buscar novio entre los viejos acomodados de esta pequeña ciudad o de la isla toda?

—¡Oh, eso no! ¡No!

—¿No te he dicho que el remedio está en que nos vayamos, en que dejemos esta isla y en ella los huesos de don Diego de Solórzano, el que te tiene preso en ella?

—¡El, no! ¡Sus huesos, no!

—¿Pues qué?

—¡Su herencia, hija, su herencia! ¡Este mezquino patrimonio que es la muerte de nuesta vida! ¡Y si no fuese por mi biblioteca... por mis libros!

—¡Déjame, pues, con el mío! Con el pueblo, la soledad de nuestro aislamiento...

III

—¿Qué hombre extraño es ese, papá, que dicen que llegó en el último barco arribado a nuestro puerto y se ha quedado aquí y hace esa vida extraña?

—Parece que desembarcó enfermo y diciendo que no podía continuar la navegación hasta reponerse y que se quedaba aquí. Se llama Julio Macedo, dicen que es americano o lo parece al menos; finísimo y culto. Dispone de dinero, vive sencillamente, apenas se roza con la gente, se pasea solo y por el interior de la isla, como evitando la vista del mar. Lee en unos cuantos libros que ha traído y no parece que tenga curiosidad alguna por lo que dicen los periódicos que nos llegan cada quince días con el correo. Evita hablar con las gentes, pero cuando habla con alguien se produce muy correctamente. Yo mismo crucé con él hace pocos días unas cuantas palabras...

—¿Tú?

—¡Sí, yo! Nos encontramos junto a la Fuente de la Teja, me preguntó por el nombre del Pico de Toba y aproveché la coyuntura para intentar sondearle...

—¿Y qué sacaste en limpio?

—¡Nada! Parece que evita dar a conocer nada de su pasado. Por lo cual se ha hecho ya aquí, en la isla, un personaje misterioso y todos andan a descifrar su misterio. Hasta dicen que trata de desfigurarse. Y a él parece que le molesta el que se ocupen en él.

—Es curioso todo ello y me gustaría conocerle.

—Pues mira, casi todos los días pasa por aquí cuando se va de paseo al monte.

Y así era, en efecto, que Julio Macedo, el misterioso emigrante, dió en frecuentar la calleja en que vivían los Solórzanos, padre e hija. Y aun había más y es que parecía buscar con sus ojos a la hija, a Elvira. Y ésta, cuando lo comprendió, picole el caso, aunque sin interesar otra cosa que su curiosidad en ello. Y deseaba un encuentro.

Encuentro que llegó. Y fué junto a aquel rellano de la roca que dominaba al pequeño golfo del puerto, donde Elvira solía sentarse a soñar con el náufrago del otro mundo. Allí la encontró una tarde, al ocaso, Julio Macedo, y mirándola con una mirada que hizo retroceder a Elvira, le dijo:

—Veo, señorita, que gusta usted de soñar en esta isla en que todos duermen...

—¿Y en qué lo ha conocido usted, caballero?

—Oh, eso está a la vista. Basta mirarle a usted a los ojos. Esos ojos nacieron para soñar. Y para hacer soñar...

—¡Qué deprisa va usted, caballero!

—Es mi marcha. Necesito vivir muy deprisa. ¡He perdido tanto tiempo!...

—¡Pues es usted joven!...

—Menos que lo parezco. Mas ello importa poco. Sí, tengo prisa...

—Bah, en cuanto usted se reponga reanudará su viaje...

—Creo que no... Además no llevo viaje...

—¿Cómo que no?

—No; me quedo aquí ya para siempre. Acabo de decidirlo.

—¿Aquí? ¿Y para siempre? ¿Usted?

—Sí, yo, aquí y para siempre. Vine con terribles propósitos, a enterrarme en vida, pero... ¡Ahora quiero vivir! ¡Quiero volver a vivir! ¡Quiero saber qué es eso que llaman la vida y de que otros gozan...

—No lo comprendo...

—Pues me parece que hablo bien claro...

—Y muy deprisa.

—Me gusta acortar trámites. Y ahora, ¿me permitiría usted que fuese alguna vez a visitarla?

—Eso es cosa de mi padre.

—No es solo a su padre, es a usted a quien deseo hablar...

—Bueno, pero usted, ¿quién es?

—¿Yo? Yo soy Julio Macedo.

—¿Y quién es Julio Macedo?

—¿Y eso qué importa? Un náufrago... uno que ha echado el mar a esta isla... un hombre nuevo que empieza a vivir ahora... uno sin historia... ¿Qué importa quién es Julio Macedo? Este que está aquí y que le habla ahora y le mira y arde por dentro. ¿Le he preguntado yo acaso quien es El

vira Solórzano? Para mí es como si hubiéramos nacido ahora y sin historia. El pasado no cuenta. No tengo pasado; no quiero tenerlo. Ahora no quiero sino tener porvenir. Y en esta isla...

—¿En esta isla? ¿Aislado? ¿Sabe usted lo que es vivir aislado?

—Sí, aislado quiero vivir. ¡Aislado... con usted!

—¡Señor Macedo!

—¿Ah, que voy de prisa? Ya empecé diciéndole que es mi modo. Con que ¿podré visitarla?

—¿Y para qué?

—¡Para vivir! Y usted irá conociéndome; usted irá sintiendo quién es, o mejor, quien va a ser Julio Macedo, usted me irá haciendo...

—Pero su historia....

—¡Yo no tengo historia, Elvira!

La Solórzano tembló al oirse llamar así, familiarmente, Elvira. Aquel hombre la desasosegaba, la infundía un extraño pavor. Quería verle lejos de sí, pero sin perderle de vista. Adivinaba en él un alma de presa, un espíritu de dominio. Y que alguna historia misteriosa le envolvía.

—Bueno, señor Macedo, hablaré con mi padre.

—¡Y yo también!

—¿Qué quiere decir eso?

—Nada; que espero ganar la confianza de don Juan Manuel, y de usted... ¡el corazón!

—¡Y con qué seguridad habla!

—Es también mi modo, Elvira.

—Ni que se tratara de un Don Juan Tenorio, de un conquistador de raza... Llegar, ver y vencer, ¿no es así?

—¡No es así, no, señorita, sino llegar, ver y ser vencido! Yo no soy conquistador, sino conquistado. Un náufrago de la vida...

—¿Y con qué derecho?...

—No es cuestión de derecho, Elvira...

—¡Y dale con Elvira!

—¿No me será permitido ni siquiera darle ese nombre dulce, como la leche de la madre en la boca del niño enfermo? Que así es mi boca, como la de un niño y de un niño enfermo. Ser niño...

Y el forastero inclinó la frente ensombrecida al suelo.

—¿Es que le gustaría volver a la niñez?

—¿A la niñez? ¡Más allá, mucho más allá!...

—¿Cómo más allá?

—¡Sí, más allá de la niñez, más allá del nacimiento!

—¡No lo comprendo!

—Sí, me gustarla volver al seno materno, a su oscuridad y su silencio y su quietud...

—¡Diga, pues, que a la muerte!

—No, a la muerte no; eso no es la muerte. Me gustaría «desnacer». no morir...

—Y por eso...

—Si, por eso ¡Un amor así, como el que busco, me valdría lo mismo!

IV

—Te digo, hija mía, que cada vez me intriga más este Julio Macedo. Para mí que ni es Julio ni es Macedo...

—Claro, como no te ha presentado los documentos que lo justifiquen...

—Yo insisto en que podría ser...

—¿Quién? ¿él? ¿Montalbán? ¡Tonterías! ¿Crees tú que si fuese Tulio Montalbán no le habría yo reconocido en cuanto se dirigió a mí por primera vez? ¡En seguida! No, no; ni se parece apenas al retrato que figura al frente del libro ni... Y en todo caso, de ser él, habríamelo dicho al punto el corazón...

—Vamos, sí; que te habrías enamorado de él locamente a las primeras miradas que cruzárais...

—¡Claro está! Y lejos de haberme enamorado, el hombre se me despega... yo no sé... le tengo miedo... El caso es que cuando está ausente llego hasta desear volver a verle; pero así que le tengo a mi lado quisiera escaparme de él... No sé lo que me pasa... Y ese misterio... ¡No, él no es; no puede ser!

—Sí, yo mismo he abandonado ya casi esa suposición. Por probarle le conté un día cómo tú lees y relees la «Vida de Tulio Montalbán», que escribió su suegro, y hasta cómo has llegado a enamorarte de ese héroe de leyenda...

—¿Y qué dijo a eso?

—Se quedó callado. Espié su rostro; permaneció inmóvil.

—¿Lo ves? Y si fuese como tú suponías, Tulio Montalbán, al saber eso habríase, de un modo o de otro, descubierto...,

—¡Quién sabe!... Acaso no pueda hacerlo...

—¿Vuelves a tus sospechas?

—Mira, Elvira; pregúntale si conoció a Tulio Montalbán. Porque acaso no sea él; no, evidentemente no puede ser él; pero de que le conoció, de que es de su misma patria, de esto no me cabe duda. Pregúntaselo. Verás como mis conjeturas son fundadas.

—¡Se lo preguntaré!

—Mira, allí viene. Coje el libro y que al entrar y al encontrarte te vea con él... Yo me voy en tanto...

Y cuando entró en seguida de esta conversación entre padre e hija Julio Macedo, encontróse a Elvira Solórzano con el libro de la «Vida de Tulio Montalbán» entre las manos.

—Ya sé por su padre, Elvira, que ese libro le tiene sorbido el seso...

—¿Y hay en ello mal?

—Siempre hay mal en enamorarse de un ente de ficción...

—¿Ente de ficción? ¿Es que no fué real Tulio Montalbán?

—No lo sé...; pero creo que no es real ningún tipo que anda en libros, sean de historia o novelas...

—¿Ninguno?

—¡Ninguno! Sólo son reales los hombres de carne y hueso...

—¿Cómo?

—¡Como yo! Y por eso le dije, Elvira, que no importaba saber mi nombre, ni de donde vengo ni cual es mi historia. Mi vida, mi verdadera vida ha empezado hace poco, y en cuanto a historia no quiero tenerla.

—¿Pero es que no ha vivido usted antes? ¿No tiene usted pasado?

—¿Yo? ¡No... no!

—Pues bueno, ¿quién es usted? Otra vez. ¿Quién es?

—El que estoy aquí, el que le está sorbiendo con los ojos y el corazón...

—¿Puedo preguntarle algo de su vida, de su historia pasada?

Julio Macedo recapacitó un instante y luego con voz velada contestó:

—Pregunte y yo sabré qué responder, o silencio o verdad.

—¿Conoció usted a Tulio Montalbán?

Hubo un silencio y tras él lo que anunció verdad, y fué:

—¡Sí, le conocí!

—¿Mucho?

—Mucho. Eramos del mismo lugar, del mismo tiempo, nos criamos juntos, hicimos juntos la campaña por libertar la patria...

Elvira abrió tanto las pupilas que se le desvanecía la visión.

—Y bien—dijo ella, apoyando su mano sobre el libro, pues sentía que le faltaba suelo—y bien... ¿murió Montalbán?

—Sí, murió.

—¿Cómo? ¿Se ahogó? ¿Se suicidó?

—Fué muerto.

—¿Quién le mató?

Se siguió un silencio irrespirable para las dos almas.

—¿Quién le mató?—repitió Elvira—¡La verdad, la verdad que me ha prometido! ¡La verdad!

Julio Macedo siguió en silencio.

—¡Ah!—esclamó entonces Elvira—usted, usted le mató, ¡usted!

Julio inclinó su rostro, antes siempre erguido, y se puso pálido como un muerto. Y dijo:

—Sí, yo le maté; yo, Julio Macedo, maté a Tulio Montalbán.

—¡Caín! ¡Caín! ¡Caín!—y Elvira al decirlo retrocedía—vete, vete y no vuelvas, ¡vete! Por algo me aterraba su presencia.. por algo no me sentía tranquila a su lado... por algo...

Entonces Julio cogió de un brazo a Elvira, que no se resistió, la atrajo hacia sí, le miró a los ojos despavoridos y con voz como de otro mundo, fantasmática, le dijo:

—No, tú no me has huído; tú me has buscado, pero no a mí. Yo maté, sí, a Tulio Montalbán o al menos creí dejarle muerto; pero fué cara a cara, noblemente, a la orilla de uno de los ríos sagrados de la patria, en una noche de luna llena... Luchamos como luchan dos hermanos que sirven causas contrarias, noble pero sañudamente, como acaso lucharan, diga lo que quiera la Biblia, Cain y Abel, y le dejé por muerto, como pudo él haberme dejado a mí.

—¿Y por qué? ¿Por envidia también?

—No, sino porque él, el libertador de la patria, iba a convertirse fatalmente en su tirano. Que allí es así.

—¿Y qué más podía apetecer aquella patria que tener semejante tirano, un amo así?

—¡Tú acaso, mi patria no! Mi patria no debía aceptar tiranos. ¡La que se ha dejado tiranizar por él y luego que ha muerto, por un fantasma, por un tipo de libro, eres tú!—y la soltó el brazo.

—¡Ah! ¿Sientes celos?

—¡Sí, siento celos! ¡Me devoran los celos! No puedo soportar que lo que debió ser mío, lo que sería mi paz, mi vida, algo como un dulce seno materno en vida, me lo robe... ese... ese del libro... ese que creí dejar muerto. Vine acá, a esta isla, buscando la muerte o algo peor que ella; te conocí,

sentí resucitar a nueva vida, a una vida de aislamiento, soñé en un hogar que fuese, te lo repito, como un claustro materno cerrado al mundo y he vuelto a encontrarme con él... con él...

—Es que no le dejaste bien muerto acaso...

—¿Y ahora?

—Ahora vete, vete y no vuelvas. Si no eres Tulio Montalbán, eres por lo menos algo tan grande como él...

—¿Para hacer historia, eh?

—¡Vete ¡Vete!

Y Elvira se salió de la sala dejándole solo. Julio se enjugó una lágrima de fuego y se marchó.

Elvira sintió luego haberle despedido de aquel modo y hasta estuvo por escribirle que volviese, que no había sido sino un arrebato, que ella no era quién para juzgar de aquella tragedia que le había contado.

Y en los días que se sucedieron al de la revelación fatídica, Elvira, por las noches, mientras se arrebujaba en su cama y se cubría los ojos con la sábana para no ver los fantasmas de su imaginación embriagada, sentía abajo, en la calle, los pasos de él, del matador de Tulio Montalbán. Porque eran sus pasos, no le cabía duda de ello. Y llegó a asomarse tras los cristales, a favor de la oscuridad, y estuvo por llamarle. ¿Qué haría ahora aquel hombre? ¿Por qué le había despedido así? Y le dijo: ¡vete! Y al decírselo confesó la grandeza de aquel hombre misterioso, náufrago de la historia, que parecía llegado para matar su ensueño. ¿O no más bien para encenderlo?

¿No había en aquel hombre matador de Tulio Montalbán algo de éste? ¿Porqué había dicho que lucharon como luchan dos hermanos—lo recordaba bien—dos hermanos que sirven causas contrarias? Y hasta se acordó de Jacob y de Esaú luchando el uno contra el otro ya desde el vientre de su madre que los tuvo juntos. Y habló de que Caín y Abel habían luchado... ¿Sería verdad? ¿Y si aquel hombre, Julio Macedo o quien fuese, no hubiera matado a Tulio Montalbán no habría perecido a manos de éste?

La pobre Elvira no podía ya dormir sin soñar. Y eran sus sueños pesadillas.

IV

—Mira, hija—le dijo ocho días después don Juan Manuel a Elvira.—Macedo me escribe rogándome que le concedamos una última entrevista, pues quiere despedirse de nosotros para siempre. Se va de la isla.

—Si es así...

—Aun no he logrado averiguar que pasó entre vosotros dos en aquella tarde en que tú quedaste en preguntarle si había o no conocido a Montalbán. Desde entonces tú estás como despavorida y él, según me dicen, como loco de silencio y de desesperación. Dicen que no sale sino de noche y entonces ronda esta nuestra casa. Temo cualquier desastre... ¿Pero supiste quién es?

—Sí, lo supe, ya te lo tengo dicho. Conoció y trató mucho a Montalbán y si no es él, es, por lo menos algo tan grande. He llegado a sospechar si su hermano... acaso gemelo...

—Pero el libro no habla de tal hermano...

—¿Quién hace ahora caso del libro?

—¿Y qué pasó entre vosotros para esa ruptura...?

—No puedo verle, no debo verle, no quiero verle... Me da miedo...

—Me parece que estás ya enamorada...

—¿Yo? ¿De él?

—¡Sí, tú, de él, de Julio Macedo!

—Quien sabe...—susurró Elvira palideciendo—pero no, no puedo, no debo, no quiero ser suya... Hay en su vida un terrible secreto que amargaría las nuestras...

—¿Y te lo reveló?

—¡Sí, me lo reveló! Y ese secreto ha abierto un abismo entre los dos... para siempre...

—Pues yo, visto que la entrevista que nos pide dice que ha de ser la última y que es para despedirse, y entre los tres, presente yo a ella, le he dicho que puede venir cuando quiera.

—Y has hecho bien. Aunque yo no sé si tendré fuerzas...

En este momento de la conversación el criado anunció que Julio Macedo había llegado a la casa y deseaba saludarlos.

—¡Que espere no más que un momento!—ordenó don Juan Manuel.

—Ay, padre, yo no sé... no sé si tendré fuerzas... ese hombre me aterra...

—¡Ese hombre te atrae!

—¡Como un abismo...!

Volvió a entrar el criado y dijo: El señor Macedo dice que tiene prisa, mucha prisa...

—Es la suya—exclamó Elvira—siempre dice que tiene prisa... ¿Prisa de qué?

—Bueno, que vamos allá...

—¿Y qué haremos ante él? ¿Qué le diremos?

—El que tiene que decir es él.

—¿Y estás dispuesto, papá, a que se despida?

—¿Y si ha resuelto irse, qué le voy a hacer yo?

—¡Retenerle!

—¿Para qué, si hay ese abismo del secreto?

—¡Es cierto!

VI

Cuando padre e hija, los Solórzanos, entraron en la sala en que Julio Macedo les esperaba, encontraron a éste de pie, con el sombrero en la mano como de partida y mirando el retrato al óleo de don Diego de Solórzano, el conquistador de la isla, que presidía en efigie la solemne estancia.

—Ante todo—empezó diciendo don Juan Manuel—siéntese usted...

—No, que estoy de prisa. Lo que he de decirles por despedida es bien poco y prefiero decirlo de pie. Es postura de caminante y de combatiente.

—¿Es que viene de combate, señor Macedo?—preguntó Elvira.

—¡Es mi trágico sino, señorita!

—Bueno, pues usted dirá...—empezó el padre.

—¡Sí, yo diré. Y digo que yo fuí Tulio Montalbán!

Calló una vez dicho esto y siguióse un penoso silencio.

—¡No te lo decía yo, hija mía...!

—Pues entonces—dijo con un hilo de voz Elvira—¿cómo no me lo había dicho antes? Y aquella historia...

—¿Historia? ¡Eso es lo terrible! Aquella historia que te conté, Elvira—y

apoyó cuanto pudo el «te» al decirlo—era y sigue siendo sustancialmente verdadera. Te prometí silencio y verdad. Y verdad era lo que te dije. Por lo menos así lo creí...

—¿Aquello de la lucha y la muerte...?

—Sí, en aquella noche trágica, junto al río más sagrado de mi patria creí haber dado muerte a Tulio Montalbán, al de la historia, y poder vivir fuera de toda historia, oscuramente, sin patria alguna, desterrado en todas partes, desterrado en el mundo como un hombre oscuro, sin nombre y sin historia. Hice jurar a mis más fieles soldados que guardarían el secreto de mi desaparición haciendo creer en mi muerte y propalando haberme enterrado, y huí. ¿A dónde? Ni lo sé...

—¿No te decía yo, hija, que jamás me convenció el relato de aquella muerte no documentada? ¿Lo oyes?

—Y erré más muerto que vivo, huyendo de mí mismo, de mis recuerdos, de mi historia. Todo mi pasado no era para mí más que como un sueño, una pesadilla más bien. Sólo me faltó el valor supremo, el de acabar del todo con Tulio Montalbán. Creí poder sacudirme del personaje y encontrar bajo él al hombre primitivo y original. No era sino el apego animal a la vida y una vaga esperanza... Pero ahora... ¡Ahora sabré acabar con el personaje!

—¡Tulio!—gimió Elvira.

—¿Tulio? ¿Tulio o... Julio?

—¡Es igual!

—¡No, no es igual! Y me has llamado, has invocado el nombre, uno u otro, pero el nombre; no me has cojido al hombre, al de carne, al que está aquí, al animal si quieres. Y éste sobra...

Y al observar que Elvira se le acercaba, retrocedió prosiguiendo:

—¡No, no te me acerques, no me toques! Todo lo que hagas o digas ahora será mentira, nada más que mentira. ¡Llegué acá, a esta isla, decidido a enterrarme en ella en vida, a vegetar aquí y te ví! ¡Te ví!

Tuvo que detenerse para cobrar aliento, porque el corazón le tocaba a rebato.

—¡Te vi—continuó—, te ví y sentí resucitar al que fuí antes de mi historia, de esa fatídica historia que ha contado ese hombre que hizo el libro de mi vida; sentí revivir al oscuro mancebo que se casó a los diez y ocho años con su Elvira! Volví a encontrar a mi Elvira. ¡Cómo te pareces a ella! ¡Pero sólo de cuerpo, no de alma! Porque aquel bendito ángel de mi fugitivo hogar apetecía el silencio y la oscuridad y buscaba el aislamiento y jamás soñó con que su nombre resonara en la historia unido al mío. Esta resonancia posterior fué obra de su pobre padre. Mi pobre Elvira sólo anhelaba pasar inadvertida, y yo, como ya lo he dicho, hacer de mi hogar un claustro materno y vivir en él como si no viviese. ¡Porque le tengo miedo a la vida, un miedo loco!

—Pues quédate Tulio y viviremos así; yo contigo. ¡Seré tuya!

—De Tulio o de Julio, ¿otra vez?

—De quien quieras...

—No, de quien yo quiera, no. ¡Tú eres del otro, no de mí! Tú eres del nombre. Te ví, sentime resucitar, te busqué y me encontré con que el otro, el que creí haber matado, te había vuelto el seso. Me encontré con el de ese libro fatal. Y tú, que amabas con la cabeza, intelectualmente, a Tulio Montalbán, no podías amar con el corazón, apasionadamente, carnalmente si quienes, a un náufrago sin nombre. Todo tu empeño fué conocer mi pasado, cuan-

do yo venía huyendo de él. ¡Y ni me conociste! Prueba que era tu cabeza no tu corazón, el enamorado.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué? ¿Para que te hubieras rendido a Tulio Montalbán que venía buscando olvido, silencio, oscuridad y aislamiento y lo hubieras luego arrastrado otra vez a la historia? No, no...

—Pero yo...

—No, tú no te habrías sacrificado a mantener por siempre oculto mi nombre, a guardar mi secreto...

—Que usted, señor —dijo don Juan Manuel—acaba de romper...

—Es que ahora ya no importa que usted lo sepa y hasta, como historiador que es, lo propale. Ahora ya... Basta, y adiós, que tengo prisa...

Dió unos pasos como para salir y Elvira se abalanzó a él. Cojióle de un brazo, y blanca y fría y temblorosa como una nevada en torbellino, gimió:

—No, no te vayas; tú, quien quiera que seas, no te vayas. ¡No, no! Sé a donde vas. Quédate, tú, quédate... ¡Y perdóname! ¡Perdóname! Ahora he conocido el hombre. Ahora conozco que te quería, que el miedo que me infundías era amor, que por dentro...

—¿Dónde has leído esas cosas, mujer?

—¿Y quién le autoriza a usted, señor mío—exclamó el padre—, para tratar asi a mi hija?

—¿Quién? Ella misma. Aunque decía tenerme miedo me recibía y me esperaba. No me quería, no, como tampoco quería a Tulio Montalbán; pero si éste era para ella la leyenda, lo que está escrito, yo era el misterio, lo que hay que descifrar. Hombres, ni uno ni otro... Pero esto degenera en discusión y yo no he venido sino a despedirme. ¡Adiós, pues, y hasta nunca!

—¡Padre! ¡padre!—gimió Elvira—detenle, no le dejes salir, mira que sé a donde va...

—¿Pero es que voy a retenerle aquí para siempre, hija?

—Hasta que vuelva a la razón, porque su hija, sin duda, me tiene por loco. ¿No es así, Elvira?

—Yo soy la que voy a volverme loca...

—No, lo estabas ya... loca de aislamiento, ¡Adiós!

Ni el padre ni la hija se atrevieron a decirle más. Ella, Elvira, se cojió a su padre, se apretó contra él, hundió su cabeza en el pecho del acongojado señor y se quedó como quien escucha un rumor lejano... —Espera... oye... ¡oh esto es terrible! esto es la muerte... ¿Has oído?—y lanzó un grito desgarrador.

—¿Es que ha sonado un tiro?—murmuró don Juan Manuel.

—Sí, es él, él... ahí abajo, en el portal... ¡Ahora sí que le ha matado a Tulio Montalbán!

—Voy a verlo...

—Yo no, no... no quiero verlo.

Se oyó la voz del criado que gritaba desde abajo: «¡Señor amo!» Don Juan Manuel se precipitó al portal y allí encontró el cuerpo del que había sido Tulio Montalbán y Julio Macedo. Apenas salido de la sala, se encontró en el portal, arrodillóse en él, sobre las losas enmohecidas, y se dió un tiro en la sien.

—¡Llama a un médico, Pepe! Y vamos a desabrocharle el pecho...

—Todo es inútil, señor. Está ya muerto. El tiro ha sido de maestro.

Desabrocháronle, sin embargo, y le hallaron el retrato de Elvira Jacque-

tot, su mujer, y la primera carta de amor que ésta le había escrito. Y no llevaba más consigo ningún documento.

—Todo esto parece un sueño—murmuró don Juan Manuel—. Y ahora mi pobre hija... Ya se truncó su vida. ¿Cómo va a poder salir ahora de su aislamiento?

VII

Elvira recibió un paquetito que para ella había depositado Tulio Montalbán cuando decidió, por fin, quitarse la vida. Eran unas Memorias, las «Memorias» de Julio Macedo, escritas en los días que precedieron a su suicidio. En ellas trataba de explicar la diferencia entre el «hombre» y el «personaje», el que respira y goza o sufre en el silencio y la oscuridad del hogar—de hogar cálido y con compañera, o de hogar frío o de alquiler—y el que se agita y hace ruido en la historia de los pueblos. Era, a la vez, un alegato contra la «Vida de Tulio Montalbán» que escribiera el padre de la primera Elvira. El escrito llevaba por lema unas palabras en latín, tomadas del poema «De rerum natura» de Tito Lucrecio Caro, aquellas del verso 58 de su libro III que dicen: «eripitur persona, manet res», o sea «desaparece la persona, queda la cosa».

Elvira no quiso leer estas «Memorias»; no creía poder resistir su lectura. Las leyó su padre, pero ella no consintió en que le contase nada de lo que allí se dijese. Y luego, tomando el escrito y juntándolo con el ejemplar de la «Vida de Tulio Montalbán», sobre el que tanto había soñado, los dió al fuego y se estuvo contemplando las ondulaciones de las lentas llamas. Porque el libro tardó en consumirse al fuego.

Y era el mirar aquella llamarada como mirar el romperse de las olas espumantes entre los escollos de la costa de la isla. Y a la vez se quemaban sus ensueños, ensueños de espumosas olas costeras también.

Recojió piadosamente las cenizas de aquellos dos escritos, como si fuesen las de dos cuerpos que hubiesen palpitado con vida de carne y sangre y las guardó para ponerlas junto a los restos del suicida. Y se propuso no volver ya nunca al rellano de la roca que dominaba a la caleta del puerto ni a contemplar el paso de los lejanos buques que se iban llevando a los peregrinos del mundo, e ir en cambio, en piadosa romería, escondida y recatada, a la tumba de Tulio-Julio, al pie del Pico de Toba, a escarbar allí en el aislamiento de su propia alma solitaria.

Lo rudo del golpe fué, empero, para el padre, para don Juan Manuel, que repetía: «¡Ahora sí que se acaban definitivamente los Solórzanos de la isla! Dentro de algunos años alguien de otro nombre, de otro linaje, quemará el retrato de don Diego para calentar su hogar, o para prepararse un guiso, ¿quién sabe? Y si aquí hubiese Museo insular...»

—En cuanto a lo del suicidio—solía decirle a su hija—ya te tengo dicho que no te acongojes por ello, pues aquel hombre—y nunca le llamaba de otro modo—nació suicida. Bien claro se veía en la «Vida» que de él escribió su suegro y bien claro se deducía de la lectura de aquellas «Memorias» que no quisiste leer. Tú no fuiste más que el pretexto, la ocasión para que se cumpliera su sino...

—Pero pude impedirlo... ¡Qué torpe, qué ciega estuve! Trunqué su vida y he truncado para siempre la mía. Porque esto es peor que el suicidio...

—Bueno, bueno, hija, que no te dé...

—¡No, nada temas, padre, tengo la cabeza firme!

—Sí, sí; sé que te gusta soñar y que no estás muy segura de que los muertos sueñen. Te gusta soñar en la muerte, que no es sino vivir...

—¿Vivir? ¿Y llamas vivir a esto que hacemos en esta isla?

—El mundo todo, hija mía, no es más que un islote. Llevo en él ya cerca de sesenta años y voy convenciéndome de que si los hubiese vivido en el eje mismo del torbellino de la historia, no habría a la hora de hoy atesorado más saber que el que poseo: Sueño por sueño, ¿qué más da? Y estoy también convencido de que si tú hubieses llegado a ser la segunda Elvira de aquel hombre y en él se hubiesen continuado, aunque con otro nombre, los Solórzanos, no estaría hoy más consolado de haber tenido que nacer de lo que estoy.

—¿Y si aquel hombre—le preguntó su hija sonriendo tristemente—hubiese renunciado a nombre propio, pues que huía del que hizo resononte en su patria y aun fuera de ella, y adoptando el nuestro, el de los Solórzanos, lo hubiese hecho resonante también en la isla y aun fuera de ella? ¿Qué habrías dicho entonces?

—¿Lo ves, hija, lo ves? Eso le mató. No quiero revelarte, pues que me tienes prohibido que lo haga, la extraña filosofía que llenaba las hojas de las «Memorias» de aquel suicida; pero te aseguro que eso, eso que acabas de decir, le mató.

—¡Ah! Si pudiéramos irnos, emigrar, escaparnos, padre, para ir a perdernos en el ancho mundo, a no sentirnos, a no conocernos. El aislamiento no nos deja gozar de la soledad...

—Ay, hija mía, la tragedia aquí es la de la necesidad. Fuera de aquí tendríamos que vivir casi de limosna y sin la seguridad del mañana. Es nuestra discreta pobreza la que nos hace soñar así...

—¡Trabajaré!

—¿Tú, hija mía, tú? No sabes lo que es trabajar; no sabemos lo que es trabajar. Nos pasamos la vida en un sueño...

—¡Si fuese al menos un sueño como la vida de Tulio Montalbán!

—Siempre lo mismo, hija mía; deja que otros hagan historia y nosotros la contemplaremos. ¿Porqué empeñarnos en ser actores todos? Algunos han de contentarse con ser espectadores... ¡Esa historia... esa terrible historia de ese hombre! Toda la ciudad, todo el pueblo nos señala con el dedo; apenas podemos salir ya; esta es la casa de la tragedia misteriosa, de la tragedia del hombre misterioso que se suicidó en el umbral, antes inmaculado, de nuestro hogar solariego, ¡el de los Solórzanos!

¿Antes? ¡Y ahora! ¿O es que hay en nuestro hogar mancha?

—¡Sí, de sangre! ¡de su sangre! ¡de la sangre de ese hombre! Desde aquel día no cruzo ese umbral sin cerrar los ojos; entro y salgo en nuestra casa, en el solar isleño de los Solórzanos, tanteando las paredes para no tropezar. Acabaré por quedarme ciego...

—¡Padre! ¡padre! ¡padre!

—¡Es todo lo que he llegado a ver de la historia! ¡Es el único documento vivo que he visto con mis ojos! No, no puedo. Aun cerrando los ojos le veo de rodillas atravesándose con un pedazo de plomo el seso que forjó tantas locuras...

—¡Cállate, padre, cállate!

—No, no debo callarme aquí donde nadie nos oye, no debo callarme. Donde he de callarme es fuera, en la calle, entre los demás. Y son ellos los que se callan al verme llegar. No, no me callaré, aquí donde nadie nos oye...

—¿Nadie?

—¿Y quién nos oye?

—¿Quién? ¡Don Diego de Solórzano, el que está en la sala!

—Tú te has vuelto loca, hija mía, loca como él; él te ha vuelto loca. Y menos mal si no te diera por...

--¿Para qué? ¿Es que acaso vivimos, padre? ¡No merece la pena!

—Ahora me acuerdo de aquello tan terrible que me contaste que te había dicho él, aquello de que deseó volver al seno de la madre de que había salido. ¡Es una idea diabólica!

—No lo veo yo así... ¿Y tú, padre, no has deseado alguna vez volver a ser lo que eras cuando don Diego de Solórzano conquistó y pobló esta isla y nos amarró, ya desde entonces, a ella?

—¡Pero qué cosas se te ocurren, hija mía!

—Lo extraño es que no se te hayan ocurrido a tí que vives en papeles viejos, si no de ellos.

—¡De ellos no, hija mía, de ellos no! ¡No se vive de pergaminos!

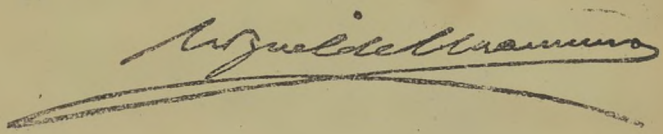
—Ni de historia, según parece. La historia mata...

—A los que la hacen, no a los que la contemplan...

—A todos, padre, a todos. Al final desaparece la persona y queda la cosa, como dices que decía el lema de esas «Memorias» que reduje a cenizas sin leerlas. Y cenizas es ya mi memoria... ¡Ceniza después de Carnaval!

—¡Y nosotros... cosas!

La sombra de la noche arropó al viejo y callado hogar solariego isleño de los Solórzanos coloniales. Y en su umbral lamía los muros, como una llama lenta, un recuerdo de sangre.



PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

TOS FERINA - QUITAFERINA LA PLANA PEREZ MARTIN Alcalá, 9.—Madrid

MUEBLES
de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.
CASA SOTOCA
Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)
Hay guardamuebles.

Suaviza el cutis
ALCOHOLATO
Lo mejor para fricción
Alcoholera. -- Carmen, 10

FOTOGRAFIA
BIEDMA
CALLE DE ALCALA, 23
Teléfono M-730.-Hay ascensor.

FARMACIA
de la Viuda de G. LÓPEZ
Plaza de Isabel II, 1.-Madrid

Camisería Ridruejo
Novedades en corbatas, cuellos y puños.—Abrigos de señora gran fantasía.-Medias y calcetines. — Géneros de punto.—Pañuelos de seda y algodón.—Canastillos y equipos.
R. Martinez Ridruejo
Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
MADRID

Importante. La calvicie es una enfermedad del cabello que se evita usando el agua **La Flor de Oro**, por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello, con su primitivo color.—Se vende en las perfumerías y droguerías

Publicaciones de PRENSA POPULAR

MADRID.—CALLE DE CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 498.

KIRIKI

1. Kiriki Bolcheviqui.-2. Kiriki, Aviador.-3. Kiriki, Canibal.--4. Kiriki, Rey de fieras.-5. Kiriki, Aeronauta. --- 6. Kiriki, Apache.-7. Kiriki Detective-8. Kiriki Raffles.-9 Kiriki, Cow-boy.-10. Kiriki, Piel roja.-11. Kiriki, Pescador.-12. Kiriki Cazador.-13. Kiriki, Nadador.-14. Kiriki, Saltimbanqui.15. Kiriki Boxeador.16. Kiriki, Espiritista.-17. Kiriki, Aladino.-18. Kiriki Desengañado.

Colección completa: Precio, 20 céntimos número.

FRINE

1. Arte de no envejecer.-2. La mujer en el hogar. --- 3. La belleza de los ojos. -- 4. Los perfumes. -- 5. Los matrimonios. - 6. La moda según el tipo. -- 7. La belleza de las manos. — 8. La belleza de la boca.—9. Los bailes. — 10. Las joyas.-11. Las ropas.-12. Modo de ordenar la casa.- 13, Los peinados. -- 14. Educación de las jóvenes.-- 15. Las visitas. - 16. La belleza del pie. -- 17. La belleza de la línea.

Colección completa: Precio, 15 céntimos número.

ANIMALES

Colección completa de 32 cuadernos.
Precio: 20 céntimos número.

LA NOVELA TEATRAL

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-324. — APARTADO 498

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL.

Galdós.—49. Electra.-53. Doña Pertecta.-58. La loca de la casa.-62.-Realidad. 82. La de San Quintín -*Sor Simona

Benavente.—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.- 107. El marido de su viuda.

Quintero.—66. Doña Clarines.-71. El patio. 75. La escondida senda.-88 El niño prodigio.-**Pepita Reyes.

Guimerá.—113. María Rosa.-114.-Tierra baja.-196.-Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101 Bodas de plata.

Martínez Sierra.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

Tamayo y Baus.—136.Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-*Lances de honor.-149 La locura de amor.-177. Lo positivo.-*Virginia.

Dicenta.—6. El lobo 14. Sobrevivirse 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer -60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora-92.-Luciano-**Juan José.

Zorrilla.-188. El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del godo.-171. La mejor razón, la espada.

Villaespesa.—10. El rey Galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-*El Halconero.—**El Alcázar de las perlas.—28. La Gioconda.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.- 182. Doña María la Brava.-201. El Retablo de Agrellano.- *Las hijas del Cid. - 195. El Rey Trovaddor.

Ramos Carrión. — 84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-155 La muela del juicio.-104. El bigote rubio-.106. Los sobrinos del Capitán Grant.-179. Micara mitad. 123. Los señoritos.-*La criatura.-90. La Marsellesa.

Vital Aza.—32. Francfort.-33. La Rebotica--36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codoruices.-137. El sueño dorado.- 125. El matrimonio interino.-*Llovido del cielo.-197 El señor cura.131. El sombrero de copa.-*Con la música a otra parte.-191. El afinador-200. Perecito

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto-.132. La ocasión la pintan calva.118. El rey que rabió.

Echegaray (Miguel).- 44. La viejecita.—50. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.—11. El octavo no mentir

Arniches.—2 La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.—18. Las estrellas.-20. Dolorcitas.-21. La señorita de Trévelez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arniches -- García Alvarez. —15. Alma de Dios.-17. El pobre Valvuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-7. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez--Muñoz Seca.—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego. - 73. Trampa y cartón.-193. Faustina.

Paso-Abati.—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-*El infierno.- 06. Los perros de presa.-*El paraíso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El Asombro de Damasco.—*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-* La alegría del vivir.

Perrin - Palacios.-74. La Corte de Faraón 80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez. 89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-*Cinematógrafo Nacional.-*Ceatamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-*Las mujeres de don Juan.-146. El País de las Hadas.

Torres del Alamo-Asenjo.—22. Serafina la Rubiales.-61. El chico del cafetín.-165. La boda de Cayetana.-176. La suerte de Salustiano.-161. Los pendientes de la Trini.-7. Charito la Samaritana.-181. El tenor.

Paradas - Jiménez.-170. La Chicharra.-168. Las Corsarias.-174. La Madrina.-172. El nido del principal.-189. La casa de los milagros.-198. La Canastilla.- 185. El primer rorro. - 204. La suerte perra.

COMEDIAS Y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo. 35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.-141. La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.145. El crimen de la calle de Leganitos.-160. La señorita del almacén.-117. El oscuro dominio.-146. Lo que ha de ser.-143. El Revisor.-153. La Ciclón.-166. La pesca del millón.-140. Papá Lebonnar.-173. Jettatore.-156. El amor vela.-139. Jarabe de pico.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete ¡y verás!-144. Blasco Jimeno.-152. Don Francisco de Quevedo.-164. El Ladrón.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-84. El padrino de «El «Nene».-96. El señor Joaquín.-79. El niño judío.-127. Tonadillas y tonadilleras españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas españolas.-159. Ninón.-162. Pancho Virondo.-175. Chistes célebres de zarzuelas españolas.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-184. La tragedia de Laviña.-192. Los amantes de Teruel. *El Gavilán. - 187. Los amigos del alma. - 190. El duelo. - 199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-202. La canción del olvido.-203. La historia del Don Juan Tenorio. - 205. El As.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.